
Celebrar la Eucaristía y construir la Ciudad

Rodolfo Eduardo de Roux, S.J.*

1. El contexto coyuntural de nuestra Eucaristía

Al iniciar esta reflexión vuelve a nuestra memoria aquella advertencia del salmista: "Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas". (Salm. 126, 1). ¿Nos habremos cansado en vano los colombianos en un empeño febril por construir solos nuestra Casa común? ¿Qué ha podido cegar a nuestros centinelas para no advertir a tiempo la zapa que estaba minando los cimientos de nuestra Ciudad? ¿Acaso el Señor no construyó con nosotros, o se sustrajo a la vela de

nuestros centinelas? Porque está patente, a los ojos de quienes no se niegan a ver, la descomposición sangrienta de nuestro cuerpo social. Y aturde casi los oídos de quienes no se niegan a oír el clamor inmenso de las víctimas de este derrumbe general de nuestra casa.

Y sin embargo, todavía seguimos afincados con fe en la promesa del Señor: "Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt. 28,20). Y en el Pan Eucarístico reconocemos, cada día, una señal privilegiada del cumplimiento actual de esa promesa¹.

* Doctor en Teología, Universidad Gregoriana, Roma. Profesor de Eucaristía, Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.

1. Dentro del esquema de una teología metódica, nuestro discurso se sitúa en el nivel de la Comunicación teológica como objetivo terminal de toda auténtica Teología. Se trata pues de la encarnación, en la vida y acción de nuestra Iglesia Particular, de los significados y valores

No se piense que, al focalizar nuestra reflexión eucarística sobre el caso particular de Colombia, estamos cediendo a una especie de provincialismo teológico, que restringirá la anchura universal del Sacramento. En el cuerpo actual de nuestra civilización decadente, Colombia es sólo una de las múltiples llagas dolientes, por donde supura una enfermedad universal. Aquí se entrecruzan y entrechocan los mismos protagonistas de muerte, de conflicto y de esclavitud que hacen vacilar hoy la frágil estabilidad de la corteza humana de nuestro planeta. En nuestro caso particular, no sin grave responsabilidad nuestra, de los colombianos. Somos actores y víctimas de esta misma máquina social trituradora que el hombre moderno viene empeñado en construir contra sí mismo.

Tampoco reducimos la profundidad escatológica del don de Dios Padre en Cristo-Eucaristía al introducir este Sacramento de nuestra fe en el tejido del cuerpo social. No nos pasa inadvertido el reproche del Hijo del Hombre, en el discurso joaneico del Pan de Vida: "Me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado" (Jn. 6,26). Se mutila en verdad el horizonte de nuestra fe

eucarística, cuando se pretende agotar su potencialidad liberadora en el solo remedio de nuestra hambre de convivencia social. Pero esta reducción inmanentista del Pan de Vida no es tampoco la única alternativa de perversión del Sacramento. Porque no es casual ni accesorio a la Eucaristía que en ella el don de Dios tome cuerpo en el pan material compartido, en la mesa fraterna y familiar. Un pan y una mesa, eso sí, cuya profundidad liberadora y cuya amplitud universal sólo nos resultan evocables, sobre las huellas del profeta Isaías, bajo el símbolo inabarcable de un banquete ofrecido por Dios mismo a todas las naciones sobre la cumbre de nuestras montañas (Cf. Is. 25, 6-9).

2. La palabra del Papa

La reciente Carta Encíclica de Juan Pablo II sobre "La preocupación social de la Iglesia" (Diciembre 30 de 1987) nos anima e impulsa en este camino de integración de la Eucaristía con nuestras responsabilidades ciudadanas. Peregrino incansable del planeta Tierra, con un corazón iluminado por el amor de Cristo, Juan Pablo II ha bosquejado allí la gravedad creciente de nuestro mal universal². Y su apremiante exhortación a

normativos de la Eucaristía que celebramos. Si no ha de recaer sobre nosotros el rechazo de Cristo, así hayamos "comido y bebido con El" (cf. Luc. 13, 24-27). En línea paulina, pertenecen a este nivel teológico la denuncia, el anuncio y la exhortación (cf. 2 Tim. 4, 1-4). En escritos anteriores hemos elaborado ya, críticamente, esos significados y valores normativos de la Eucaristía que sustentan y orientan nuestra reflexión actual. Cf. Rodolfo E. de Roux: *La Mesa del Señor —Bogotá (1986); Compartir el Pan— Bogotá (1987) (En fotocopia).*

2. Juan Pablo II —Carta Encíclica "Sollicitudo rei socialis" —Ciudad del Vaticano (1987)—III: *Panorama del mundo contemporáneo*, nn. 11 a 26, pp. 19-47.

la solidaridad social culmina en una referencia a la Eucaristía. En la noche de nuestra pasión actual, como en la del Señor Jesús y su pequeña comunidad naciente, la profecía del Cuerpo Entregado y de la Sangre Derramada enciende la luz de Dios en medio de tantas tinieblas.

Dice el Papa:

“El reino de Dios se hace, pues, presente ahora, sobre todo en la celebración del sacramento de la Eucaristía, que es el Sacrificio del Señor”³.

Profecía de esperanza, sí, pero no menos urgencia grave para que asumamos nosotros nuestra responsabilidad correspondiente al don de esa Presencia liberadora. En efecto, añade poco después el Santo Padre:

“Quienes participamos de la Eucaristía estamos llamados a descubrir, mediante este Sacramento, el sentido profundo de nuestra acción en el mundo en favor del desarrollo y de la paz; y a recibir de él las energías para empeñarnos en ello cada vez más generosamente, a ejemplo de Cristo que en este Sacramento da la vida por sus amigos (Cf. Jn. 15, 13). Como la de Cristo y en cuanto unida a ella, nuestra entrega personal no será inútil sino ciertamente fecunda”⁴.

3. Presencia de la Eucaristía en nuestra vida ciudadana

Colombia ha sido, y sigue siendo aún en gran medida, un pueblo, incluso una nación, signada por la Eucaristía. No sólo el rumor de las campanas de la Misa llena los ecos del ámbito nacional. También los más hondos valores eucarísticos sostienen aún no poco de lo que nos va quedando de convivencia social. Permanecen allí, como potencialidad latente de recuperación, en la raíz de no pocas de nuestras costumbres populares y de nuestras instituciones ciudadanas.

En estos mismos días, tan aciagos, la Eucaristía preside nuestros duelos, nos convoca instantemente a pedir al Señor esa paz tan deseada, que se nos escapa por las venas rotas de la ciudad. Pero eso, el pasado 9 de marzo, con ocasión del día de protesta contra el atropello a la vida, no nos sorprendió escuchar por radio, de labios de un sindicalista, que la programación de las asambleas populares previstas incluía el “dar misas”, junto con otros actos de reflexión y de expresión de nuestra idiosincracia artística.

No desconocemos los valores cristianos y sociales que motivan aquellas y estas actitudes. Pero tampoco

3. Ibid. m. 48, p. 100.

4. Ibid. p. 101. Esta misma visión de la Eucaristía, no sólo integrada en la vida social, sino también orientadora y dinamizadora de los procesos de transformación social, es también un logro de Puebla (cf. vgr. nn. 902 y 918).

queremos acallar la pregunta que nos suscitan: ¿Satisfacemos plenamente a la oferta eucarística del Señor, en nuestra circunstancia, con sólo ejercer en ella la súplica? ¿Basta con alindar la Misa, aun reconociendo y acogiendo su valor religioso, entre las demás expresiones legítimas de la convocación ciudadana y de nuestra cultura popular?

No porque minusvaloremos el poder suplicante de este Cristo-Pan que está siempre vivo para interceder ante el Padre por nosotros (cf. Hebr. 7,25). Ni porque confundamos la santidad del Sacramento ("El Santísimo" lo llama con razón nuestra piedad popular) con su segregación artificial de la vida ciudadana. Sino porque tememos en todo ello una inadvertencia, que no quisiéramos tachar de culpable, al corazón mismo del significado de este Sacramento, al núcleo dinámico de su valor integralmente liberador.

Entonces, la memoria auténtica, eclesial, de nuestra tradición eucarística cuestiona hoy nuestra propia celebración de la Eucaristía. Y si la postración actual nos vuelve hacia el Señor-Eucaristía para apoyar en El nuestra debilidad, y recomfortar nuestra desesperanza en la prueba, "Señor, a quién iremos?" (cf. Jn. 6,68); no menos nos obliga a reconsiderar nuestras propias responsabilidades al celebrarla. Nunca sobrará preguntarnos, con la vigilancia del discípulo ante el riesgo inminente de traición en la Hora de la prueba: "¿Soy yo acaso, Señor?" (Mt. 26,22). No siendo inmunes al riesgo de pervertir el don

eucarístico de Cristo, recojamos también esa advertencia amarga de Pablo a los cristianos celebrantes de Corinto: "¡Eso ya no es comer la Cena del Señor!" (I Cor. 11, 20). ¿Acaso también nosotros, y en qué medida? "Examínese, pues, cada cual, y coma entonces del pan y beba del cáliz" (I Cor. 11, 28); ¿en la misma Cena del Señor seguimos comiendo cada cual, como personas o como grupo o como comunidad ciudadana, nuestra "propia cena" (cf. I Cor. 11,21)?

4. Eucaristía-Sacrificio

Si interpretamos bien la afirmación del Papa, en nuestra Eucaristía de hoy toma cuerpo el Reino de Dios presente, justamente como acontecimiento sacrificial de Cristo. Y desde el horror de nuestra coyuntura, ese escándalo y esa necesidad de la Cruz (cf. I Cor. 1, 17-25) se nos impone una vez más como el camino para la sanación auténtica e integral de nuestro cuerpo social.

Para un mediano conocedor de la Cena de Despedida del Señor Jesús, en el Evangelio de Marcos, resulta evidente (más allá del empleo circunstancial de cualquier vocabulario ritual sacrificial) que la Eucaristía es allí, ante todo, signo manifestativo y realizador de la *entrega personal* de Cristo Jesús al Padre, hasta la muerte y muerte de cruz, por nosotros (cf. Mc. 14, 22-25). Es la realización simbólica de la decisión existencial y agónica de Jesús: "Padre, todo es posible para Tí. Aparta de mí este cáliz, pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras Tú" (Mc. 14,36).

Así realiza el Señor, en términos de Misión en nuestra historia, su filiación eterna del Padre. Pero esa entrega sacramental de su Cuerpo y Sangre a nosotros no es menos también prueba fehaciente de ese "amor hasta el extremo" (cf. Jn. 13,1), que constituye el núcleo de su personalidad fraterna: "Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos" (Jn. 15,13).

Ahora bien, la Cruz-Sacrificio, como amor que se entrega, no es sólo expresión suprema de la solidaridad fraterna de Jesús con nosotros. Ni es sólo revelación del alcance increíble de la paternidad de Dios con los hombres, porque "tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único para que todo el que crea en El no muera, sino que tenga vida eterna" (Jn. 3,16). En el misterio de Cristo, tal amor que se entrega se impone también al hombre como única alternativa válida para su realización personal auténtica. Y por lo mismo, como la condición decisiva e insustituible para la construcción de una sana convivencia social. En el tejido concreto de nuestra historia humana,

infectado del virus del pecado, la cruz como prestación personal dolorosa será siempre coeficiente insoslayable de semejante manera de amar. Por eso advierte con crudeza liberadora el Maestro: "Si alguno quiere ser mi discípulo (...) cargue con su cruz, y sígame" (Mc. 9,34). La Eucaristía, sacramento de nuestra discipulatura, es así el sacramento de ese amor crucificado. El de Cristo, y en El, y por El, también el de sus discípulos.

¿Pero en qué clave de sentido y valor venimos construyendo los colombianos nuestra historia, nuestra Casa y Ciudad? Acaso esa actitud radical de entrega de sí mismo, de haber sido prevalente, podía dar estos frutos de disolución ciudadana que agobian hoy el árbol social de Colombia? ¿En qué hemos fallado? Lejos de nosotros la pretensión simplista de reducir los múltiples factores que actúan en un fenómeno social tan complejo. Pero desde el punto de vista eucarístico, que aquí nos interesa, ¿cómo no ha de cuestionarnos el déficit de ese "amor social" que pertenece sin duda alguna al ámbito de eficacia salvífica del Sacramento?⁵.

5. La relevancia social de la Eucaristía fue una nota sobresaliente del magisterio pontificio de Pablo VI. Resulta ilustrativa de la percepción selectiva inherente a situaciones de conflicto la escasa advertencia de comentaristas y críticos, sobre todo centro-europeos, a esta dimensión social de la Encíclica *Mysterium Fidei* (1965). Programáticamente, afirma allí el Papa: "El culto de la divina Eucaristía mueve muy fuertemente el ánimo a cultivar el amor social, por el cual antepone el bien privado al bien común" (n. 70). En su alocución, poco anterior a la publicación de la Encíclica, en la fiesta del Corpus Christi, había dicho también: "Esta comunión de fe, de caridad, de vida sobrenatural que se deriva del Sacramento que la significa y produce, puede tener un enorme y sobremodo beneficioso influjo en la sociabilidad temporal de los hombres. Sabéis que este problema fundamental de la sociabilidad humana prevalece hoy sobre todos los demás, domina a todos los demás con las ideologías políticas, culturas y organizaciones en las que los hombres de nuestro tiempo trabajan, se fatigan, sueñan y sufren por crear la ciudad terrena, la nueva sociedad ideal; (...) les falta un principio único y trascendente,

Con lo cual retorna otra vez nuestra pregunta anterior. ¿Acaso, sin apenas advertirlo, nuestra religiosidad popular ha tendido a reducir la Eucaristía a un homenaje dirigido a Dios, mediante el Sacrificio Sacramental de Cristo, para apoyar nuestra súplica? ¿Incluso, a veces, para cuasi-negociar su intervención en la historia según nuestros intereses inmediatos, pero al margen de un compromiso nuestro y aun en contravía con nuestros propios caminos en la vida personal y social?

Porque si la Eucaristía-Sacrificio es radicalmente acción reconciliadora y pacificadora de Cristo Señor en nuestra historia presente, y por lo tanto también en nuestra historia ciudadana⁶, ¿cómo se explica que el muro del odio que nos divide (cf. Efes. 2,13-18) todavía no caiga en nuestras familias, en nuestros vecindarios, en nuestras empresas económicas, en el contraste ominoso entre los “centros internacionales” erizados de rasca-cielos y los cinturones de miseria infrahumana de nuestras grandes ciudades? Ya no podemos esquivar la pregunta: ¿Estamos construyendo la ciudad sobre cimientos del amor que se entrega o sobre la arena movediza

del egoísmo personal y de clase? ¿Cómo resistirá entonces la avalancha de la crisis de los tiempos? Se ha proclamado en nuestras cátedras, y se practica ampliamente en nuestro quehacer económico, que una especie de asepsia de valores morales (—cumbre y centro de los cuales es el amor que se entrega—) debe garantizar la “limpieza” científica de la búsqueda del saber, la implementación de sus potencialidades técnicas, la estructuración política de nuestra sociedad. ¿Y se pretende con ello ser “sanamente positivistas” en el ámbito de la concreto humano, técnico y social! Como si fuera objetivo echar en olvido, y aun marginar deliberadamente, esa dimensión real y concreta del pecado-egoísmo que impregna, deforma y corroe las células mismas de nuestro cuerpo social. La tragedia nacional que vivimos está evidenciando ante nuestros propios ojos, y en nuestras propias llagas, el carácter ilusorio de un desarrollo social sin el influjo sanante y dinamizador de los valores morales. En último término, de la solidaridad como realización cívica del amor que se entrega. Y por lo mismo también el influjo social decisivo de “una religión que promueve la auto-trascendencia

unificador de la unión humana, y les falta suficiente energía moral para darle cohesión, tanto más libre y consciente, cuanto más sólida y feliz, como conviene a auténticos hombres”. (L'Osservatore Romano - Junio 18-10 de 1965).

En la misma línea abunda Juan Pablo II en su Carta sobre el Misterio y Culto de la Eucaristía (1980) nn. 5 y 6.

6. Tal es el meollo de la denuncia-anuncio de Pablo a los corintios. La proclamación-memorial de la Cruz pacificadora de Cristo es incompatible con una vida eclesial de división e indiferencia hacia el pobre, que penetra incluso y contamina la Cena del Señor (cf. I Cor. 11, 17-22). En fuerza de su poder signifiante, la Eucaristía contribuye entonces a que “se ponga de manifiesto quiénes son de probada virtud entre vosotros” (I Cor. 11, 19).

hasta el punto, no de la simple justicia, sino del amor que se sacrifica a sí mismo”, por cuanto “tendrá una función redentora en la sociedad humana, en la medida en que tal amor puede deshacer el daño de la decadencia y restaurar el proceso acumulativo del progreso”⁷.

No cabe duda que la religión así descrita coincide, en primer término, con nuestra fe cristiana. Y que corresponde a la Eucaristía, como Sacramento de la fe, mantener viva y dinámica es auto-trascendencia. Pues, cuando se debilita y opaca su función redentora de la sociedad humana, ¿no revierte la pregunta también sobre la calidad concreta de esa Eucaristía que la celebra?

5. Eucaristía-Legado

La interpretación de Lucas (22, 1-38) de esa misma Cena de Despedida puede iluminar más aún el punto de nuestra falla, ojalá no de nuestra incoherencia culpable.

La Eucaristía es ante todo don de Dios, bendición suya a nosotros en Cristo. Y en esta perspectiva sólo nos cabe recibirla, en acción de gracias y en súplica. Pero esta gratuidad total es sólo el primer momento, decisivo en cuanto constituyente y capacitante, de un proceso ulterior hacia el cual tiende el Sacramento como Pre-

sencia actuante y Auto-donación de Cristo. “Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia” (Jn. 10,10). Y esa Vida en comunicación es El mismo, Pan de Vida (cf. Jn. 6,32-63). Por eso puede decir: “Tomad y comed, es mi Cuerpo por vosotros” (cf. I Cor. 11, 24). Pan verdadero, porque es el único vivificante con esa calidad de vida que es privativa de Dios: “Yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí”. (Jn. 6,57).

La Eucaristía es, entonces, sacramento de un proceso vital de identificación nuestra con Cristo, según la simbología del sarmiento y la vid (cf. Jn. 15,1-6). Y esta identidad se manifiesta y realiza en sus frutos, en la fecundidad del obrar auténticamente. “Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, creed por las obras...” (Jn. 10, 37-38) decía Jesús. Y cómo podrá creerse hoy en Colombia que nos alimentamos realmente con el Cuerpo de Cristo, si no hacemos sus obras? La Eucaristía no es solamente un don. Menos aún el beneficio de un sustitutivo de nuestra inoperancia. Es comunicación de un principio interior de vida, cuyo dinamismo propio tiende a desarrollarse en obras de amor que se entrega. Si no resulta bloqueado, y aun roto, por la traición del discípulo, ya sea como apostasía

7. Bernard Lonergan —Method in Theology— London (1972) p. 55. Como anotaba el Cardenal Newman, la supresión sistemática de toda un área de la realidad humana, en el proceso social del conocimiento, no sólo acarrea consigo una ignorancia, sino que también mutila y distorsiona el resto como un todo orgánico que es. El secularismo, invasor reciente de nuestra cultura urbana en Colombia, no es entonces poco responsable de la decadencia social que lamentamos (Cf. Francisco de Roux —Los precios de la paz-Cinep— Bogotá (1987) p. 16).

de la fe, ya también como incoherencia praxica con ella.

¿Qué discípulo auténtico, y por lo mismo consciente de la debilidad remanente de su "carne", en la prueba (cf. Mc. 14,38); de la "tardanza" rediviva de su corazón para comprender el designio de Dios sobre nosotros en Cristo (cf. Luc. 24, 25-26), no tendrá que cuestionarse sobre su propia fidelidad precisamente cuando está con El a su Mesa? No es casual que, en la relación lucana de la Cena, ese auto-discernimiento doloroso se imponga como resonancia inmediata y espontánea del legado eucarístico del Señor que se entrega (cf. Luc. 22,21-23).

Ahora bien, el legado de Cristo, la eficacia de su entrega no es otra cosa que la constitución de su Cuerpo Eclesial. En él se suelda todo nuestro ser, nuestro obrar y tener personales en la unidad de la Alianza Nueva, del nuevo Pueblo de Dios, por el poder vinculante del Espíritu (cf. Luc. 22, 20). Bien lo comprendió Agustín cuando definía el sacrificio eucarístico como unidad de la Iglesia. Y esa unidad tiene un costo, que es también alternativa única de su realización, el servicio mutuo entre los hermanos. "El mayor entre vosotros será como el menor, el que manda como el que sirve? ¿No es el que está sentado? Pues yo estoy en medio de vosotros como quien sirve" (Luc. 22,26-27).

La Eucaristía es, pues, un don de Cristo a nosotros. Un testamento de sangre que nos beneficia con la filiación de Dios y la mutua fraternidad.

Pero, por lo mismo, es también una responsabilidad nuestra, un legado de Cristo que ha de ser ejecutoriado por nosotros mismos, si es que hemos de crecer en adultez en El. Y ello sólo es posible en términos de una vida en comunidad fraterna, mediante el mutuo amor servicial.

6. Eucaristía-Memorial

A esta luz se enriquece también el sentido de esa otra dimensión de la realidad de nuestra Eucaristía, que se nos recuerda expresamente en cada celebración: "Haced esto en memoria de mí".

La teología bíblica actual ha puesto de relieve toda la hondura y amplitud del memorial bíblico, cuando acaece en el Nombre poderoso del Señor Jesús. El memorial eucarístico se arraiga en la función antropológica de la memoria, como mediación portadora de la identidad humana en el flujo de su propia historicidad. Tanto más cuando se trata de una comunidad. Pero más profundamente aún, encarna mundanamente, en su brevedad celebrativa, toda la anchura transtemporal de la acción creadora y liberadora de Dios Padre en Cristo. En ella aflora la fuente misma de la historia. Nuestra Eucaristía-Memorial no sólo hunde sus raíces fecundas en el pasado irrepetible de la Cruz de Cristo, sino que también y sobre todo manifiesta y realiza en nuestro presente su poder liberador.

Esto es cierto y fundamental, pero tampoco es todo. Toda memoria auténtica de nuestra propia identidad

nos compromete. Y por lo mismo, sólo es plenamente tal en nuestro coherencia de vida y praxis con esa raíz fundante. Hacer memoria de Jesús es seguirlo. Es hacer realidad en nosotros su oferta eucarística de vida. Es dejarnos activamente modelar por El, para ser hoy, en Colombia, reflejo vivo e imagen personal de Aquel que es imagen del Padre, precisamente en el ejercicio del amor servicial.

No calla entonces Juan sobre la realidad definitiva del Sacramento, cuando en su Cena de Despedida sustituye la acción simbólica de un Jesús dador del pan y de la copa, por la de un Jesús servidor que lava los pies de sus discípulos (cf. Jn. 13, 2-27). Beneficiarse eucarísticamente de la Cruz de Cristo, haciendo lo que El hizo, en términos celebrativos, es también una capacitación y una urgencia para hacer lo que El hizo por nosotros en términos de actitudes y de acción: "Os he dado ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho (...). Seréis dichosos, si lo practicáis". (Jn. 13, 15 y 17). Este amor servicial fraterno es la bienaventuranza del discípulo. Y con la bienaventuraza del "creer sin haber visto" (cf. Jn. 20, 29), define su nueva condición existencial.

Correspondió a Pablo, alertado precisamente por el déficit de fraternidad de los corintios, explicitar aún más la dimensión social del Memorial como actualización del seguimiento. Hacer la memoria eucarística del Señor es entrar en un proceso de discernimiento del Cuerpo (cf. I Cor. 11,

29) en toda su amplitud cristológico-ecclesial y social. Es dejarnos activamente hacer por El reconciliadores y pacificadores de nuestro presente histórico. Y si ese presente es un nudo de conflictos y de desigualdades injustas, la repercusión social del amor que recuerda pasa necesariamente por la desarticulación de ese nudo de vboras. Mediante la superación paciente de las divisiones y antagonismos, y la solicitud común por el hermano pobre. Ni sólo para sostenerlo y aliviarlo en su debilidad económico-social actual, sino para promoverlo a la igualdad, según el designio del amor universal del Padre para todos los hombres, sus hijos (cf. II Cor. 8, 7-15). Entonces sí nuestra Eucaristía será para la patria prenda de bienestar social, porque "poderoso es Dios para colmaros de toda gracia, a fin de que teniendo, siempre y en todo, todo lo necesario, tengáis aun sobrante para toda obra buena". (II Cor. 9, 8). Y no menos homenaje cumplido de alabanza a Dios, "porque el servicio de esta acción sagrada —la ayuda de los pobres— no sólo provee a las necesidades de los santos, sino que redundará también en abundantes acciones de gracias a Dios". (II Cor. 9, 12). Acoger auténticamente la Bendición eucarística de Dios en Cristo a nosotros es hacernos también nosotros bendición de Dios para los demás.

7. Eucaristía-Banquete

La hospitalidad es sin duda uno de los valores sociales más arraigados en nuestra cultura popular. Y en ella, el alimento y la mesa compartida son

símbolo espontáneo y privilegiado de la acogida en generosa solidaridad. Humanismo profundo de nuestras gentes, que no han logrado deformar aún ni la superestructura de egoísmo ni el recelo de la amenaza continua que nos agobian. Pero también inculturación feliz del Evangelio de Aquel que hizo de la Mesa Compartida centro de convocación y realización simbólica del Reino de Dios que nos trajo consigo mismo. Hoy también la Eucaristía sigue siendo, a lo ancho y largo de nuestra geografía nacional, esa misma mesa del Señor (cf. I Cor. 10, 21) abierta y disponible siempre para todos.

Debemos a Juan, el clarividente en el amor, la invitación más apremiante a reconocer a Cristo, Pan del Cielo, en el signo del pan multiplicado (Jn. 6, 1-15.32-28). Somos así apremiados al trabajo insustituible de la fe en El como único y definitivo Pan Verdadero (cf. Jn. 6, 27). Tanto más cuanto que la satisfacción de nuestras necesidades materiales y culturales suele saciar ilusoriamente la estrecha dimensión de nuestra hambre de vida. Y por cuanto seguimos soñando siempre como niños en sólo disponer de un poder paternalista que provea a nuestras necesidades y supla nuestra propia ineficiencia (cf. Jn. 6,15).

Pero la radicalidad trascendente del Pan de Vida no desdice de la densidad material, inmanente, de su encarnación histórica en el pan partido, en la mesa compartida. Porque el amor-pan, que se entrega eucarísticamente para vida del mundo, es ese mismo amor compasivo que cura a los enfermos (cf. Jn. 6,2) y alimenta a los indigentes de pan material (Jn. 6,5 ss.).

Este reverso material del Pan Espiritual ha sido puesto quizá más de relieve por Marcos en su doble narración del mismo signo del pan (Mc. 6,30-44 y 8, 1-9). Posiblemente la exégesis textual seguirá discutiendo sobre el sentido marcano de ese pan multiplicado y compartido. ¿Es sólo el pan cotidiano? ¿Es Cristo, único pan en nuestra barca (cf. Mc. 8, 14)? ¿Es el pan eucarístico?, ¿O es todo ello a la vez, en la unidad integral de una salvación-liberación que sana y asume al hombre como totalidad? Esta última es nuestra opción interpretativa.

Curiosamente se suele acentuar menos otra dimensión del pan multiplicado y compartido, en el relato de Marcos. A saber, su destinación y su eficacia para crear un Pueblo, para construir una Comunidad multitudinaria, según el designio de Dios y en el poder vinculante de su amor⁸. La

8. Se advierte un indudable horizonte de Exodo en las narraciones evangélicas del pan multiplicado. Con acentos diferentes en los diversos autores. Así, por ejemplo, constatamos una evocación de la situación del Desierto en los sinópticos (Mc. 6, 31 y Mt. 14, 13), de la Pascua (6, 4), el Maná (6, 31) y el Profeta prometido por Moisés (6, 14; cf. Deut. 18, 17-18) en el relato de Juan. Ni falta en Marcos (6, 39-40) una fugaz pero significativa alusión a Moisés como el líder social que organiza y estructura en Pueblo la muchedumbre de los fugitivos de Egipto (cf. Exod. 18, 25). No es entonces casual que, en el relato de Juan, el curso de los hechos se oriente hacia un intento de hacer rey a Jesús (Jn. 6, 15).

imagen de Jesús Pastor, que domina el horizonte simbólico del signo (cf. Mc. 6,34), no es sólo la del vigilante solícito y el alimentador de sus ovejas, ni es sólo la del amor que da su vida por ellas. Es no menos, sobre las huellas de Moisés, de David, y sobre todo de Yahvé-Pastor, la del creador de un pueblo nuevo. Esa nueva Familia de Jesús que, en el cumplimiento de la voluntad de su Padre, se construye por iniciativa y en el poder de Cristo, pero también mediante el esfuerzo de sus discípulos: "Dadles vosotros de comer". (Mc. 6, 37-43. Cf. Mc. 3, 34-35 y 10, 29-30). En el corazón del mundo, y para transformación de ese mismo mundo en Pueblo y Familia universal del único Padre común. Un pueblo, una familia, que funda su convivencia y construye sus estructuras ciudadanas sobre los parámetros del amor servidor⁹.

Cada época cultural e histórica asume y vive su fe eucarística dentro de las posibilidades, y con las limitaciones de su propio horizonte. Es el precio de la inculturación del Evangelio. Pero también un riesgo de inadvertencias que, culpables o no, a la larga se comprueban cargadas de consecuencias funestas para la mis-

ma vitalidad del Sacramento. Quizá la gracia epocal de nuestros antepasados inmediatos en la fe eucarística, fue la reafirmación inequívoca de su realismo escatológico. Como Presencia de Cristo, el Crucificado-Exaltado, y como prenda de nuestra propia vida plena en Dios, más allá de nuestra muerte corporal.

La gracia, en cambio, de nuestra generación actual, precisamente a través del horror social que vivimos (quizá tampoco ajeno a nuestro olvido), es la urgencia de volver a traer a un primer plano, más integral, el alcance también material, socio-económico, y por lo mismo también político, del Pan Eucarístico. No es, pues, una traición a la fe, sino la profundización de su densidad salvífica en la historia, este reconocer en el pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo del hombre, la concreción histórica de nuestro esfuerzo en Cristo por el desarrollo y la paz, como nos lo recuerda el Papa Juan Pablo II. Ya el mismo Concilio Vaticano II, en su Constitución *Gaudium et Spes* (n. 38), había visto en este Sacramento del pan y del vino, de la comunión fraterna, la prenda de esperanza y al alimento del camino para quie-

9. Gerhard Lohfink ha elaborado esta dimensión social del anuncio del Reino, según el proyecto originario de Jesús de restaurar el Israel de Dios. Y la repercusión que ello tuvo en el comportamiento de las comunidades apostólicas. Criterio fundamental de esta ética social cristiana será entonces ese "unos a otros", "mutuamente", que recurre una y otra vez en los escritos de Pablo como síntesis praxica de amor social. Cf. G. Lohfink —*Wie hat Jesus Gemeinde gewollt?*— Herder/Freiburg (1982). En este sentido, cabe asumir también el significado socio-económico del pan multiplicado como paso de un esquema mercantilista de "comprar" a otro solidario de "tener para dar a los pobres hasta saciarlos". Cf. Fernando Belo —*Lecture materialiste de l'Évangile de Marc.*— Paris (1974) pp. 192 y 331; Carlos Bravo Gallardo —*Jesús, hombre en conflicto. El relato de Marcos en América Latina*— Santander (1986) p. 144s.

nes se esfuerzan por "abrir a todos los hombres los caminos del amor" y "por instaurar la fraternidad universal".

En su reciente Encíclica, nuestro Papa Juan Pablo II, en continuidad con el magisterio social de Pablo VI urge "que se reconozca a cada pueblo igual derecho a 'sentarse a la mesa del banquete común', en lugar de yacer a la puerta como Lázaro, mientras 'los perros vienen y lamen las llagas' (cf. Luc. 16, 21)"¹⁰. Si a nivel internacional esta situación resulta aberrante y amenazadora para la paz, en el interior de un mismo pueblo, en el cuerpo de una misma Iglesia Particular, es signo y causa de muerte. "Por eso entre vosotros hay muchos enfermos, y mueren no pocos". (I Cor. 11, 30).

8. Eucaristía en libertad y comunión

Espontáneamente, llevados por la fuerza de los hechos que vivimos, nuestra reflexión eucarística confluye así en el mensaje paulino sobre la Cena del Señor (I Cor. 10, 1-22 y 11, 17-32). Hay quizá una cierta analogía entre la situación eclesial de los corintios y la nuestra. Paradójicamente, una misma aspiración común nos divide y confronta hasta una lucha a

muerte. Todos queremos libertad y convivencia ciudadanas. Y vemos concretarse ambas aspiraciones en un ideal común de democracia. Pero para quien bucea más allá de las palabras resulta evidente que no todos compartimos unos mismos significados y valores. No es cometido nuestro analizarlos aquí. Importa, en cambio, a nuestro intento recordar a nuestra conciencia eclesial, y en cierta medida a cualquier hombre de buena voluntad, el sentido fontal de esas aspiraciones ciudadanas, tal y como las comprendemos y proyectamos desde nuestra experiencia de Cristo. Y por lo mismo, tal y como debemos celebrarlas en este sacramento fontal del proceso liberador de Cristo, que es la Eucaristía.

"Para ser libres nos libertó Cristo" (Gal. 5, 1). Pero esa libertad cristiana no es capacidad y derecho para crear espacios, personales y grupales, al ejercicio desembarazado de nuestros solos intereses y apetencias en forma indiscriminada. Es en cambio capacidad y exigencia para el amor que se entrega. "Habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros". (Gál. 5, 13). Entonces, el centro de gravedad de esta

10. Enc. Sollicitudo rei socialis n. 32 p. 63. Pablo VI. Pop. Progr. (1967) n. 47. También para Pablo VI resultaba una gracia epocal de nuestra generación el estar "en mejores condiciones, por madurez mental y necesidad espiritual, como no la tuvieron las generaciones pasadas, para apreciar el sacramento de la Eucaristía, aunque sólo fuera por el insospechable descubrimiento que todos, en cierta medida también los que no tienen la suerte de creer, que todos podemos hacer con mayor satisfacción de la intención, cómo decir, social, universal, accesible a todos, concebida para todos y cada uno, expresa precisamente en este sacramento, que multiplica hasta las dimensiones del hambre, de la receptividad humanas, el ofrecimiento que Cristo hace de sí mismo a quien quiere encontrarlo y vivir con El y de El". (Alocución del Corpus Christi - L'Osservatore Romano, Junio 10/11 (1966).

libertad cristiana cae fuera de uno mismo. Y la realización auténtica de lo más personal acaece en la relación interpersonal del amor de intimidad y del amor social. La auténtica vida humana pasa continuamente por esa instancia de muerte al propio egoísmo así éste se disfrace con abalorios de libertad. Por eso también la libertad de cada uno sólo alcanza su plena realidad en la comunión de los muchos, en la comunión vital, integral, afectiva y efectiva. La liberación que Dios Padre nos otorga en Cristo, por su Espíritu, es comunión¹¹. Y su fuente sacramental es la Eucaristía.

En su inmensa mayoría, los colombianos hemos acogido ese don de Dios, inicial y programáticamente en el Bautismo. Y lo reasumimos como viático, pan del camino, una y otra vez en la Eucaristía. Por otra parte, desde hace más de un siglo asumimos la responsabilidad común de peregrinar juntos hacia una patria feliz para todos, como anticipación y dimensión histórica de la Tierra de nuestra Promesa, en libertad y participación democráticas. Pero en cambio, hoy, ¿el cuerpo social de Colombia amenaza ir quedando tendido por el desierto, porque nuestra vida social no ha sido agradable a Dios? (cf. I Cor. 10, 5). Esa misma vida social que tantas veces hemos puesto bajo el signo salvífico de la Eucaristía!

“Huid de la idolatría!”, exhortaba y conminaba Pablo a sus corintios, celebrantes de una Eucaristía que les resultaba aparentemente ineficaz como remedio de vida. (I Cor. 10, 14). ¿Hemos vuelto también nosotros a los ídolos del poder, del lucro, de la sola satisfacción y promoción personales, aun a costa de los demás?¹². ¿Hemos racionalizado nuestros intereses egoístas con las más sutiles ideologías? ¿Hemos marginado en nuestra vida ciudadana el amor que se entrega o, por lo menos, nos hemos sentado a participar en la Mesa Eucarística de ese Amor, pero cuidándonos bien de no levantarnos tampoco de la mesa de nuestros demonios? (cf. I Cor. 10,21). ¿El resultado podía ser distinto de esta monstruosidad social que ahora nos aterra y desconcierta?

Hundidos en la tensión brutal de nuestros intereses antagónicos, nos hemos dividido, nos hemos confrontado, nos estamos matando con zaña fratricida. Y no es exagerado afirmar que un foco crucial de nuestras tensiones sociales es la realidad aplastante del pobre económico y social. Como Lázaro, está a la puerta de nuestra Casa común, y se ha puesto en pie para forzar la entrada y sentarse en la mesa común de la patria. ¿Estamos con él, en Cristo, o contra él?

11. Resulta así providencial, para la inculturación del Evangelio hoy en América Latina y su incidencia en la transformación social de nuestro continente, el que la orientación liberadora de Medellín se haya conjugado en Puebla con el esquema comunión/participación. (cf. Puebla nn. 211-219).

12. Puebla ha descrito bien la esencia del comportamiento idolátrico y sus núcleos de seducción más influyentes hoy en nuestro contexto latinoamericano (nn. 491, 493-496, 500-502).

¿Cómo no ver entonces que aquí también se decide hoy para nosotros, los colombianos, la autenticidad plena de nuestra Eucaristía? También nosotros tendremos que examinarnos siempre y discernir el Cuerpo Eucarístico del Señor en la profundidad realísima de su auto-donación personal a nosotros, más allá del escándalo sensorial del solo pan y el solo vino. Porque no es fácil creer sin haber visto. Porque, una y otra vez, los ojos se retienen y el corazón se entorpece para reconocer al Señor en el partir el pan. Pero quizá nuestra urgencia mayor eucarística se sitúa hoy en la dimensión eclesial y social de ese mismo Cuerpo Eucarístico del Señor, en el hermano. En el hermano distanciado por posiciones socio-políticas e ideológicas contrastantes de la nuestra. En el hermano, colaborador nuestro dentro de una sana racionalidad social para la construcción del progreso y bienestar comunes, pero que emerge hoy como el competidor amenazante en una guerra a muerte por el predominio económico, político y social. Pero, sobre todo, en el hermano pobre socio-económico y cultural. Aquel a quien avergonzamos con nuestra indiferencia (cf. I Cor. 11, 22), a quien abandonamos en su necesidad extrema (cf. Sant. 2, 15-16), cuando no lo atropellamos, si se interpone a nuestra adoración práctica de los demonios del lucro y del poder. Si como personas, como grupo, como comunidad eclesial o ciudadana, ce-

lebramos la Eucaristía en el distanciamiento afectivo y efectivo de estas mediaciones históricas de Cristo, Pan de amor que se entrega, ¿cómo no seremos también "reos del Cuerpo y de la Sangre" (cf. I Cor. 11, 27)? ¿Cómo este Sacramento de Vida, con su misma aparente ineficacia liberadora, no habría de poner de manifiesto nuestro estado social de enfermedad y de muerte (cf. I Cor. 11, 30)? Porque es signo de muerte el que un organismo vivo se muestre incapaz de asimilar los principios de vida que se le ofrecen.

Deliberadamente prescindimos aquí de interpelaciones más directas a categorías de personas con responsabilidad peculiar en nuestra Iglesia Particular y en nuestra sociedad civil. Piénsese, por ejemplo, en nuestros Pastores, sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos en acciones de sia; en nuestros políticos, gobernantes y militares, sindicalistas y militantes, etc. Es obvio que a ellos corresponde una responsabilidad peculiar. Pero hemos preferido, ante todo, interpelar la conciencia común, eclesial y ciudadana. Sólo sobre la base de una aceptación cordial de este significado y valor social, fundantes, de la Eucaristía que celebramos, será posible, en reflexiones ulteriores, pasar a determinar con cierta exactitud las responsabilidades específicas de tales categorías de personas y grupos¹³.

13. En un artículo posterior, nos proponemos reflexionar sobre la relación entre Celebración Eucarística y Acción Social y política.

Nos corresponde, en cambio, afrontar la pregunta que sin duda viene acompañando a nuestros lectores: ¿Somos acaso así todos los cristianos en Colombia o que, comiendo cada cual en la vida "solo su propia cena", nuestra Eucaristía común ya "no es comer la Cena del Señor"?

Lejos de nuestra intención la torpeza epistemológica y la injusticia moral de semejante universalización. Si fuera así, hoy Colombia no estaría ardiendo, sería sólo una ruina humeante. Si Colombia, aun tambaleándose, sigue en pie y camina; si, sobre todo, tiene aún una esperanza sólida de recuperación y no corre tras un mero espejismo, ello se debe al trigo abundante que a veces oculta pero todavía no anula tanta cizaña manifiesta. Y ese trigo lo ha hecho germinar y crecer en nuestra parcela patria Cristo-Eucaristía.

En cambio, ese mismo Señor Sacramentado nos urge hoy una Eucaristía común de conversión eclesial y ciudadana. Hoy, como nunca, nuestra celebración común de la Eucaristía debe serlo de "junto a la puerta", y con el pecado confeso y arrepentido. Muy otra es la Eucaristía ineficaz, o lo que es peor condenatoria, del fariseo satisfecho de su presunta integridad (cf. Luc. 18, 9-14). Eucaristía, en fin, de un Cuerpo eclesial y nacional, no sólo solidario en el reconocimiento agradecido de lo que hemos recibido y logrado, en la súplica por la realización de lo que nos proponemos, sino también compasivamente solidario en lo que nos falta, en lo que hemos

perdido, en lo que estamos bloqueando por nuestro pecado propio o de los demás.

En efecto, la situación doliente y enfermiza de esta patria, alimentada tantas veces con el Pan de Vida, pone hoy en primer término también, para nosotros, una dimensión fundamental de la Eucaristía, que quizás a veces hemos olvidado, la conversión personal y comunitaria, eclesial y social. Como para los corintios de otrora, así también hoy para nosotros, la relativa inoperancia social de nuestra celebración, puede trocarse, bajo el juicio pedagógico de Cristo, en oportunidad de cambio y transformación ciudadanas, para que no seamos condenados con el mundo (I Cor. 11, 31-32). Expliquémonos un poco más. La relación intrínseca entre Eucaristía y conversión no se agota en el hecho de que este Sacramento del vivir en Cristo, según el Espíritu, presupone y exige un nivel fundamental de muerte al pecado, con Cristo y en Cristo, tal y como se significa sacramentalmente en el Bautismo, y en su prolongación también sacramental en la Penitencia. La autenticidad humana es un esfuerzo continuo por evacuar y superar la inautenticidad. Y por lo mismo, la vida en Cristo es un proceso histórico de crecimiento hacia la adultez en Él, en la debilidad remanente de nuestra carne, y en la omnipotencia hostil del pecado. Es, por lo mismo, un proceso continuo de conversión, un vivir muriendo a nosotros mismos, un ir viviendo desde Dios y para Dios, en Cristo, por el poder de su Espíritu.